

en aumento, y la independencia y exención de todo vínculo, y con ella en primer término el desorden social, espere la salud. "Las cuestiones sociales", dice Brentano en su discurso antes citado, "se presentan hoy más que nunca en primer término en la escena. La necesidad de una solución satisfactoria, toca hoy más en lo vivo que cualquiera ventaja ó perfeccionamiento tocante á la salud ó á la economía rural ó del comercio. Pero es evidente que los hechos sociales son una especie de los fenómenos psychicos, y que ninguna otra ciencia puede ser llamada en su auxilio como poder moderador, sino el conocimiento de las leyes psychicas, y por consiguiente, la Filosofía. Según esto, á la filosofía de la experiencia ninguno de sus partidarios le da el derecho de concurrir en la solución de las cuestiones hoy día candentes, no sólo sociales, sino también político-religiosas, ó lo que es lo mismo, el derecho de resolverlas desde el punto de vista puramente material y terreno. Mas el que crea que tales cuestiones pueden ser resueltas así, ese presupone ser él un ser puramente material ó un conjunto de fenómenos sensibles, un animal organizado y nada más. Y aunque la filosofía de la experiencia consiguiera reducir á leyes todos los fenómenos individuales, poco adelantaría con esto para remediar las miserias de la época. La ciencia en este punto debe comprender por un modo fecundo en consecuencias, que no le es dado hacer ó deshacer al hombre para conformarlo á sus miras, sino considerarlo tal como es; debe acudir al orden suprasensible; debe en fin, para decirlo en términos que expresan el punto más esencial, ayudar á poner en claro que *el hombre depende realmente de Dios*."

47. Aunque para todo hombre pensador es, pues, evidente que la filosofía de la experiencia es en sí misma insostenible, pero todavía se figura esta filosofía hallar algún apoyo indirecto en la variedad y *falta de unidad* de la filosofía. Desde el origen de la filosofía se viene diciendo, que en el mundo de las ideas reina una confusión inmensa, una inestabilidad irremediable. De aquí se colige que al hombre no le es dado obtener ningún conocimiento cierto fuera de la experiencia. ¿Qué respondemos á esto? La objeción es harto importante para que no debamos detenernos algún tanto en refutarla.

La variedad en que se resuelve y divide la actividad de nuestro espíritu en el mundo filosófico, es un hecho. Ya ARISTÓTELES se consideró obligado á exponer sobre casi todos los puntos importantes del saber una variedad extraña de opiniones. Cicerón en el principio de su obra sobre la naturaleza de los dioses, se lamenta de que sobre ciertos objetos tenían los sabios opiniones tan diversas y opuestas entre sí, que se podía hallar una buena razón para decir, que el principal fundamento y el punto de par-

tida del discurrir filosófico es la ignorancia, y que no faltaba razón para reputar tales cosas por inciertas. Aun prescindiendo de la filosofía aristotélico-platónica, que en las escuelas del cristianismo llegó á levantar fábricas tan majestuosas de verdadera doctrina, esa variedad se nos presenta durante el curso de los siglos. Kant prometió, es verdad, que gracias á su "crítica, no acabaría de transcurrir el siglo sin que todas las diferentes filosofías se uniesen en el conocimiento de la verdad. Pero el siglo XVIII, que oyó esta promesa, expiró al fin, y el baile de las brujas fué tan adelante, que á juzgar por lo que parece, la esperanza de hallar la verdad está en razón inversa del afán de los filósofos por encontrarla. Esta inaudita variedad debe parecernos propiamente verdadero rompimiento, si recordamos que cada teoría filosófica acerca del mundo participa naturalmente de un carácter propio y exclusivo. "No hay apenas ningún sistema filosófico", dice SCIO-PENHAUER, "que en el punto de salir á luz no piense ya en la caída de todos sus hermanos, como un sultán de Oriente cuando sube al trono. Pues así como en una colmena sólo puede haber *una* reina, así *una* sola filosofía puede estar á la orden del día. Los sistemas son de su naturaleza tan insociables como las arañas, que están solas cada una en su telar, siendo cosa de notar que son muchas las moscas que allí se dejan coger, pero sin que se acerque ninguna otra araña. Las obras poéticas pacen juntas amigablemente como corderos; pero las filosóficas son desde el punto de nacer animales fieros muy semejantes en sus instintos destructores á los escorpiones y arañas, que prefieren saciar su furor en individuos de sus mismas especies. Así se presentan en el mundo como aquellas, armados de la raza de Jason, cuyos dientes son de dragones; y después se han entre sí como estos, devorándose unos á otros. Dos mil años lleva ya esta lucha de duración; ¿vendrá acaso jamás un tiempo final, y después la paz y la alegría?,"<sup>1</sup>

¿Y no se inferirá de aquí ser absolutamente imposible toda filosofía que trascienda y sobrepuje al conocimiento de los sentidos?

48. Naturalmente los nuevos pensadores, este hecho al parecer tan contrario á la Metafísica, lo han echado también en la caldera de las brujas; y como si quisieran proteger al pensamiento humano contra las fatales consecuencias de ese hecho, han sacado á plaza soluciones que no dejan de ilustrar el estado de las cosas.

Ordinariamente el pensador moderno, tan natural halla que antes de él todo haya sido falso y malo y absurdo y disparatado, como el que hayan estado todas las cosas sumergidas en las tinie-

<sup>1</sup> *Parerga und Paralipomena*, 3.<sup>a</sup> ed., vol. II, pág. 5.

blas de la noche antes que asome en el horizonte su hermosa luz el astro del día. Si el sol hubiera parecido antes, antes también habría parecido la luz. Sobre esta explicación nada tenemos que decir.

SCHOPENHAUER echa de ver en la siempre errada dirección de las investigaciones filosóficas una especie de azote secular. "Si en la historia, dice, de la filosofía admitimos cierto necesario desenvolvimiento y progreso, también debemos reconocer errores y faltas en cierto sentido *necesarios*, y considerarlos como en la vida del hombre más excelente los errores de su juventud, que deben dejarse correr para que acerca de la vida misma reciba aquella enseñanza y conocimiento de sí propio, que después habrá de conseguir de la experiencia". Por su parte la religión del país debe acudir en favor de todos los desdichados á quien la Metafísica mira como "á plantas salvajes, como á obreros sin misión, como á banda de vagabundos". No creemos hacer ningún agravio á los enemigos de los estudios metafísicos, si en tales desahogos vemos únicamente vanos efluvios. Mas con falsos símiles y con hechos no probados así se explica el fenómeno que nos ocupa, como con la explosión del desmedido amor propio de que están llenas las obras de SCHOPENHAUER.

Ya antes de SCHOPENHAUER pretendió KANT el monopolio de la verdad, que al fin había venido á revelarse. Para este fin trató de probar que la diferencia de corrientes en el orden de las ideas, había conducido necesariamente á una gran diferencia de sistemas, pero que estaba reservado á su *crítica* el poner fin á toda oposición y divergencia. HERBART se limita á decirnos que con la variedad de los sistemas filosóficos sucede lo mismo que con la diversidad de las lenguas; pues así como en la pluralidad de las lenguas se echa de ver la unidad del pensamiento universal, así en todos los sistemas filosóficos hay íntima conformidad y parentesco. Pero no tenemos sino recordar lo que antes nos dijo SCHOPENHAUER sobre la "hostilidad de las arañas", retratada en la que tienen entre sí los sistemas filosóficos, para entender la inexactitud de la comparación de HERBART. TRENDELEBURG intentó explicar esa hinchada variedad de filosofías diciendo, que son nuevos ensayos para dar valor de conceptos supremos y creadores á los dos únicos de espíritu consciente y de fuerza ciega, y probar el poder recíproco de entrambos. Así hubo él de reducir para los sistemas cosmológicos más encontrados y exclusivos á un par de corrientes contradictorias, y de mirarlos como tendencias

<sup>1</sup> *Memorabilien*, pág. 743.

<sup>2</sup> *El mundo como voluntad y representación*, 2 vol., pág. 207.

parciales hacia la posesión de la verdad que debe servir de nivel<sup>1</sup>. Excusado es decir, que esta bella pintura no explica tampoco esa múltiple variedad de colores filosóficos con ninguna razón verdaderamente sólida, conforme con la realidad. Algo diferente es á este propósito el sentimiento de Schelling. El cual lo manifestó muchas veces diciendo, que las diferencias de conceptos entre los filósofos no existe propiamente sino en los ojos del vulgo; porque estas diferencias no se dan en la misma filosofía, sino fuera de ella, ó son únicamente metamorfosis de su forma. "Si todavía se encuentran, dice, en la filosofía cosas informes, esto prueba que no ha conseguido su última forma y organización absoluta... Para alcanzar la forma absoluta, debe el espíritu ensayarse y probar sus fuerzas en todo...". El pensaba también que la forma absoluta podía comparecer muy bien en formas diferentes. Los filósofos tienen por lo visto, según Schelling, la prerrogativa de poseer en su ciencia una unidad tan perfecta como la que se da entre los matemáticos, y no obstante poder ser cada cual original, lo que el matemático no puede. Las otras ciencias se pueden reputar dichosas si en ellas penetra asimismo esa variedad de formas. No tenemos necesidad de proferir ni siquiera una sola palabra sobre este schellingianismo. Toda persona de algún seso lo tendrá por lo que es: simple desatino. Hegel, por su parte, intentó defender por modo análogo el valor de la filosofía contra la objeción fundada en la pluralidad de sus sistemas. Por lo pronto hubo de reconocer el hecho. "Toda filosofía, dice, se presenta con la pretensión, no sólo de no contradecir á las filosofías anteriores, sino de venir á llenar sus lagunas: de este modo se considera autorizada. Pero luego muestra la experiencia, que á la tal filosofía se le pueden aplicar las palabras de la Sagrada Escritura, que habló Pablo Apóstol á Ananías: "Oye, los piés de los que te han de llevar, están ya á la puerta...". He aquí que la filosofía con que la tuya va á ser combatida, no tardará más de lo que ha tardado la tuya en venir contra la que le precedió...". ¿Y qué infiere de aquí Hegel? Los que están en ayunas, dice Hegel, en estas cosas, pueden muy bien pensar que sólo una filosofía puede ser la verdadera, y que todas las demás son errores; pero la verdad es, que todas las filosofías son filosofías, y que quien desprecia los filósofos buscando la filosofía, es como un hombre á quien aconseja el médico que coma fruta, el cual no quiere luego comer cerezas, ni albaricoques, ni uvas, porque lo que debe comer es fruta. En todos los diferentes sistemas

<sup>1</sup> Así se explica en su tratado *Sobre la última diferencia de los sistemas filosóficos* (en alemán en los datos históricos concernientes á la filosofía, 2 vol.)

<sup>2</sup> *Prelecciones sobre la historia de la filosofía*. Obras, vol. 13, pág. 29.

viene muchas veces á manifestarse un desarrollo dialéctico de la verdad. Hegel escribió su historia de la filosofía presuponiendo lo que jamás ha sostenido ningún pensador filósofo, á saber: que una cosa es tan verdadera y recta como su contraria; que hay un estadio necesario en el desarrollo de la "idea.". Para hacer de algún modo admisible la suya, Hegel penetró con sin igual imperio en la historia de la filosofía, y fabricó tales documentos en pro de su desarrollo dialéctico preconcebido, que á vista de ellos admirase uno de que tuviera valor aquel hombre para presentarse en público con ellos.

49. Las otras explicaciones modernas de dicho fenómeno se reducen á las anteriores. Las cuales todas se reducen en suma, á desesperar de toda filosofía. Los mismos cargos que rechazan de palabra, admítenlos en la realidad. ¿Qué valor, en efecto, puede tener la Filosofía, si el sí y el no, si lo verdadero y lo falso, si las contradicciones todas más flagrantes no son sino diferentes lenguas ó corrientes de ideas todas ellas buenas, ó doctrinas originales, ó en suma, lo que son las cerezas, los albaricoques y las uvas para quien ama la fruta? Una filosofía verdaderamente durable no puede renunciar á la pretensión de mostrar la verdad, reprobando los errores contrarios; ni puede menos de considerar esencialmente como el primero de sus deberes tener por *verdadero* todo lo que enseña, y su contrario por *falso*. En el conocimiento de la verdad hay muchos grados; pero contradicción no hay ninguna. Así pues, ninguna de las soluciones referidas resuelven el problema, sino antes se parecen como nuevos portentosos errores que se dejan atrás á todo absurdo que se quiera imaginar. Y aun todavía más que tales explicaciones, los adversarios de la filosofía pueden utilizar el hecho de tener semejantes conceptos entre los filósofos muchos representantes.

50. ¿Cómo se explica, pues, la extraordinaria división y variedad de sectas y opiniones filosóficas, no habiendo sino una sola verdad suprasensible que deba abrazarse con entera seguridad? Para responder como corresponde á esta pregunta, conviene ante todo no exagerar desmedidamente la fuerzas del entendimiento, vicio que por más extraño que parezca, no deja de darse la mano con el escepticismo de los empíricos. Para persuadirnos de la limitación de esta potencia, glorificada hasta el punto de ser tenida por divina, basta poner los ojos en la historia del *conocimiento natural*. Los fenómenos de la elevación y la caída de los cuerpos creíanse en tiempos no muy remotos explicarlos diciendo, que cada uno de los cuatro elementos, fuego, aire, agua y tierra, tenían un lugar determinado en el espacio, al cual propendían naturalmente: así se explicaba que la piedra se sumergiese en el agua, que el

aire estuviese en la parte superior, y que el fuego tendiera á subir por el aire. Debía, por consiguiente, una piedra, v. gr., tener mayor inclinación á descender que el agua, y el agua mayor que las ramas, pues estas sobrenadan en el agua. Mas ahora es facilísimo mostrar con el más sencillo experimento, que piedra, agua y ramas, descienden por el aire con casi igual velocidad. Han sido menester, sin embargo, cerca de 2000 años para llegar al conocimiento de esa verdad por medio del oportuno experimento. Ahora, en la respuesta que aquí buscamos, hemos de tener ante todo presente, que este entendimiento nuestro, cuyos límites se descubren en todas y cada una de las hojas de las ciencias inductivas, no dejan de tenerlos en orden al conocimiento de las verdades *suprasensibles*.

No negamos que la historia de la filosofía nos presenta la imagen de un caos, que debe ser especialmente iluminado. Ya ARISTÓTELES (pues ahora prescindimos de la divina revelación) apuntó la resolución del problema, al poner de manifiesto lo que en los infelices ensayos de explicación de los pensadores modernos podría ser interpretado de algún modo como verdadero. "La investigación de la verdad," decía ARISTÓTELES, "en un sentido es difícil, y en otro es fácil; lo cual se echa de ver en que nadie puede alcanzarla de una manera adecuada, y nadie se ve enteramente privado de ella; antes á cada cual le es dado adquirir algún conocimiento de la naturaleza; y aunque éste ó aquel individuo no añada nada á este conocimiento, ó añada poco, todavía si se considera juntamente todo lo que se conoce, resulta un conocimiento grande. En este sentido vale el refrán que dice, "que la puerta de afuera todo el mundo da con ella.". Por esta parte la verdad parece fácil. Mas cuando se atiende al punto de comprenderse bien el todo de alguna cosa, ó sus partes determinadas, dícese con razón que la investigación de ella es difícil. Mas ahora proceda la dificultad del conocimiento de esta parte ó de otra, todavía debemos confesar que la causa de ella no está en las cosas, sino en nosotros. Pues así como se han los ojos del murciélago con la luz del día, así los de nuestra alma con lo que es más claro por naturaleza. Una cosa es, pues, decir que el conocimiento suprasensible es *posible*, y otra cosa sostener que sea cosa *fácil* y asunto de todos. Cuando en general se dice que hay verdades suprasensibles, ó cuando se habla por ventura de los principios universales de la razón (v. gr., que nada es verdadero y falso al mismo tiempo, que toda cosa y suceso tienen su razón suficiente), entúncianse cosas que de ningún hombre de entendimiento pueden ser puestas en duda. Púdeselas comparar á las puertas exteriores de un palacio, las cuales ven hasta los que están medio ciegos; ó con un blanco de muy conside-

derable superficie, en el que ningún tirador, por torpe que sea, deja de dar; ó con la luz meridiana, cuya presencia hasta el ave nocturna que huye de ella, la siente por fuerza en mitad del día. Empero si á la verdad suprasensible se la considera en sí misma y en la universalidad de sus relaciones con todos los órdenes de hechos y de cosas, y si el espíritu humano ha de aprehender todo lo que es, en su composición interior y en todas sus causas ó razones, desde el primer principio hasta el fin último, entonces resulta la dificultad que nos ocupa. El hombre se parece entonces á un niño que se encuentra en un palacio construido á modo de laberinto; los ojos de su alma son como los del murciélago que está en presencia del sol; ó puede ser comparado al pájaro que en llegando á un desierto conoce ciertamente que *algo* viene de lejos hacia él, mas no ve claramente si este algo es un hombre ó una fiera.

51. Con todas estas comparaciones, quiérese dar á entender que la dificultad en lo esencial no proviene del *objeto*, porque á este le falte alguna cosa para la firmeza y seguridad suficiente del concepto que se forma de él, sino de ser débiles las fuerzas intelectuales del *sujeto*. Los pensadores de la Edad Media adoptaron el pensamiento aristotélico, expresando determinadamente las causas ó razones que explican esa debilidad del humano entendimiento en orden á las cosas suprasensibles. La primera razón la hallaron en el mismo espíritu humano.

El espíritu humano ocupa el último grado de la escala de los espíritus. Es demasiado débil para poder tener, como los demás espíritus, en la luz de la verdad suprasensible, mediante la intuición intelectual, su reposo y satisfacción; y por otra parte, es demasiado noble para quedar satisfecho, como el bruto, con la simple percepción de los sentidos. Cuando su virtud cognoscitiva se aplica al mundo material de los sentidos, todavía su vista interior percibe su riquísimo y variado esplendor en la luz de las verdades metafísicas: ve un mar, por decirlo así, de rayos luminosos descendidos de arriba, formar la esencia de todas las cosas y unir las todas unas con otras en la más completa y maravillosa armonía. Así como en el hombre está sumergido lo inmaterial en la materia, sin perecer ni ser confundido en ella, así en las cosas percibidas por los sentidos el esplendor de la verdad metafísica es el objeto propio del conocimiento humano. El sentido y la cosa percibida de él, ofrecen por consiguiente al hombre que conoce, el punto de apoyo y la base connatural de su actividad intelectual. Esta base y este punto de apoyo, subsisten en el acto de la percepción, mientras tanto que el entendimiento aplica su virtud cognoscitiva á los objetos accesibles á cualquiera de los sentidos.

Esto acaece v. gr. en las Matemáticas, cuyos conceptos acerca de los números y de la extensión pueden llegar á informar el entendimiento, continuando las representaciones sensibles. Pero luego que el hombre dirige su mirada intelectual á lo suprasensible mismo, cesa junto con la clara intuición el mencionado apoyo. El espíritu humano, superior á los sentidos, percibe allá en el fondo de una región donde las verdades según que se hallan concretamente en seres individuales y sensibles, no impresionan ya á los sentidos. La intuición concluye donde empiezan los conceptos. ¿Qué maravilla pues, que en este orden de cosas se muestre más que en ninguno otro la debilidad de las potencias espirituales del hombre?

52. Allégase á este primer fundamento otra *segunda razón*, y es, que el filósofo quiere penetrar hasta en los últimos fundamentos de la realidad, para llegar por este camino á un conocimiento comprensivo del universo. Podemos ahora prescindir de si es ó no posible al entendimiento humano elevarse con rectitud de corazón del conocimiento de la naturaleza y de la vida, según que una y otra son accesibles naturalmente al hombre, al conocimiento de aquella verdad suprasensible que es necesaria á la dirección de las acciones morales. Aquí tratamos de aquella aprehensión de lo suprasensible que puede dar razón, basada en principios ó fundamentos, de todas las cosas. La experiencia pues, punto de partida de esta Metafísica científica, ha sido comparada con razón á un geroglífico, y la filosofía misma, según que toma su punto de partida de la experiencia, es considerada como una solución de él, comparación cuya exactitud y precisión se puede comprobar por medio del ordenado concierto y armonía que se admiran en todas partes. Según esto, mientras que cada ciencia particular sólo tiene por objeto un orden determinado de hechos, la filosofía debe contemplarlo *todo* bajo una razón ó punto de vista común. Y aunque con este fin no es necesario reducir á número y medida el tiempo y el espacio para conocer el mundo en cada una de las partes de su extensión y de la sucesión de sus períodos, todavía debe el filósofo, mejor que nadie, considerar como objeto de su estudio escudriñador el mundo mismo en toda su universalidad y amplitud. La filosofía es pues, por su misma naturaleza, una suma de juicios sobremanera comprensivos, cuyo fundamento en el orden del conocimiento es el mundo mismo en su totalidad, sin excluir cosa ninguna de él; y siendo esto la filosofía, ¿no había de ser necesario considerar esta realidad en las amplias esferas, por donde ella se extiende, en la naturaleza y el mundo todo, y en la vida del pensamiento y del corazón? Verdad reconocida por más cierto de quienes menos podía esperarse. Aunque un SCHOPENHAUER,

por ejemplo, sostiene que á la verdadera sabiduría se llega cuando se investiga completamente un individuo cualquiera, procurando aprender á conocer y comprender plenamente la verdadera y propia esencia del mismo <sup>1</sup>, todavía en otro lugar hace esta confesión: "El filósofo debe extender su mirada á todos los campos: todos ellos deben ser de su dominio; mas la perfección que se sigue de conocer las cosas en todos sus detalles, queda necesariamente fuera de la filosofía. A los sabios que se ocupan de estudios especiales, se les puede comparar con los artifices que constituyen los relojes; porque entre tales artifices, éste hace una rueda, aquél un resorte, otro aquel muelle; mas el filósofo es como el relojero, que de todas las piezas hace un todo, al cual comunica sér y movimiento. Del mismo modo pueden ser comparados tales sabios con una orquesta en que cada músico es maestro en un sólo instrumento; así como por su parte puede ser comparado el filósofo al director de la tal orquesta, que solamente conoce la naturaleza y el efecto de cada uno de los instrumentos, aunque ninguno de ellos lo toque con perfección." <sup>2</sup>. Esta comparación es exacta; mas no ha de entenderse de manera que haya de limitarse el filósofo á clasificar y componer unos con otros los datos ó resultados de la investigación científica como se juntan las ruedas de un reloj, ó que todo el saber filosófico se reduzca á recibir las noticias é indicaciones de las ciencias particulares. No: esa fórmula debe expresar solamente la necesidad de que la fábrica de una filosofía sólida esté fundada en la base de un vasto conocimiento de la naturaleza sensible.

Así la filosofía requiere muchos conocimientos, mucha solicitud, profundas reflexiones y verdadero criterio. Todos los que en el transcurso de los tiempos han adquirido nombre de filósofos desde PLATÓN y ARISTÓTELES hasta KANT, HEGEL, SCHELLING y SCHOPENHAUER, están conformes en que la filosofía es ciencia reservada á pocos. Así lo afirma también Santo Tomás <sup>3</sup>. Hay muchos, dice el Santo Doctor, que encuentran obstáculos al conocimiento científico en la debilidad de su entendimiento, la cual les es imposible para llegar á la investigación de la verdad; otros son apartados de esta misma investigación por sus negocios y ocupaciones, y á otros les impide la pereza, achaque propio de la humana condición, el dedicarse al difícil ejercicio de investigar las cosas que se elevan sobre el mundo de los sentidos.

§§. En tercer lugar hemos de recordar, que al punto que el hombre se eleva haciendo uso de sus facultades intelectuales so-

<sup>1</sup> *El mundo como voluntad, etc.*, pág. 153.

<sup>2</sup> *Ibid.* 7, pág. 141.

<sup>3</sup> *Summ. théol.* 1, q. 4, a. 1, y *Summ. c. gent.* 2, 1, c. 4.

bre el mundo sensible, se dispone para llegar al verdadero origen y fundamento de todas las cosas. Este conocimiento es de suma importancia cuando se trata de ordenar la conducta del hombre. Aquella íntima necesidad moral que nos obliga á ejecutar ciertos actos en concepto de buenos, y á omitir otros en concepto de malos, por medio del exacto conocimiento del origen y fin de todas las cosas, recibe una fuerza incontrastable y por consiguiente harto molesta para el hombre que no quiere contradecir ni rehusar nada al elemento animal de su naturaleza. Siguese de aquí, que ó el hombre deja en tal trance de meditar atentamente sobre este orden de verdades, ó la evidencia de él se le impone con fuerza incontrastable. Cuán fácil es al hombre subordinar su entendimiento á los deseos de su corazón, y acomodar sus ideas á los impulsos de sus pasiones, claramente nos lo muestran con tristes ejemplos todas las páginas de la historia, y cualquier mirada que dirijamos á nuestra propia vida. No nos referimos aquí á este ó aquel caso particular, cuyo juicio está reservado á Aquel que penetra los corazones. Pero mal conocería la naturaleza humana aquel que no quisiera suscribir la sentencia proferida por muchos filósofos, incluso HOBBS, MALEBRANCHE, LEIBNITZ, HELVECIO: que "hasta los fundamentos de la Geometría serían negados ó falseados si estuvieran en oposición con nuestros intereses."

Surge de aquí en cuarto lugar, que nada hay tan á propósito para excitar el orgullo en el corazón humano, como el estudio de la ciencia, y muy particularmente de la filosofía. Efecto de ese orgullo es parecer al hombre, que no hay cosa alguna que él deba agradecerse tanto á sí mismo, ni que tanto deba reputar de su patrimonio como el conocimiento que adquiere ejercitando la actividad de su entendimiento. De aquí el orgullo que raya en delirio, y que es tan frecuente entre los filósofos. La mayor parte de estos pensadores, no tememos decirlo, carecen sobre este punto de pudor. No hay mayor enemigo del amor de la verdad, que el amor propio; no hay cosa que torne al hombre más inepto para elevarse al conocimiento de la verdad, que el estar lleno de sí mismo, ni nada que tanto oscurezca las miradas del espíritu como el orgullo que se incienza á sí mismo. En lo que se parece al humo de la pólvora, que tanto más daño hace á la vista, cuanto es de más grueso calibre el arma de fuego que se dispara.

Pero dejando estas consideraciones tocantes á los efectos del corazón, recordaremos con una palabra, que la revelación cristiana nos da noticias de un hecho que explica perfectamente la grandebilidad de la razón humana en el conocimiento de las cosas suprasensibles: el pecado del padre del linaje humano, y la deuda hereditaria de todos los hombres. Larga y pesada tarea sería cier-

tamente demostrar que la *universal* obscuridad del humano entendimiento, cuyos delirios nos muestra la historia en forma de sistemas ideados por grandes filósofos, no se explica ni puede explicarse cumplidamente partiendo de la naturaleza humana, tal como ella salió de las manos del Criador. Pero en todo caso podremos entender cuál sea la pobreza de nuestra razón, si consideramos que la situación en que se encuentra el linaje humano, procede del pecado. La revelación enseña que en el primer hombre pecaron todos sus descendientes, y que su naturaleza quedó completamente abatida; y la historia y la experiencia muestran que el hombre ha agravado en todos tiempos su triste situación con crímenes y pecados. ¿Y quién no comprende que así como la ciencia y el poder se comunican por tradición y herencia, así también la corrupción puede crecer ilimitadamente, siguiendo el impulso recibido con la sucesión hereditaria de la culpa?

54. Acaso contra estas razones nos oponga alguno la objeción siguiente: "Si fuera verdad lo que decís, la naturaleza se habría con su más bella hechura, que es el hombre, á modo de madrastra." Mas dejando á un lado que los que tal dicen suelen poner en cuenta de la naturaleza y de su autor, gran parte al menos de lo que procede de la humana voluntad, no dudamos confesar que á esa objeción no le daríamos respuesta adecuada si al hombre le considerásemos como á una máquina de pensar, cuyo único y supremo destino consistiera en el mero pensamiento. En tal caso se nos descubriría en la construcción de estas máquinas una imperfección difícil de conciliar con la sabiduría del Criador del Universo, la cual resplandece en todos los demás terrenos de la naturaleza. ¿Qué hay empero que justifique tan extravagante concepto, que en ningún punto coincide con el irrefutable testimonio de los hechos? Si consideramos la naturaleza humana tal como ella es, pronto nos persuadiremos de que el hombre existe para que, sometándose y obedeciendo á Dios libremente y haciendo uso de su razón, reconociendo con amor filial su suprema voluntad, como quiera que esta divina voluntad se le manifieste, y guiándose con plena confianza por la dirección previsora del que es Señor y Hacedor de todas las cosas, alcance acá abajo su destino preliminar, y allá arriba el definitivo de una vida más elevada. Colocados en este punto de vista, único que nos muestra la sana razón, no debe maravillarnos que la naturaleza humana, aun en estado de natural rectitud, muestre una flaqueza infantil, en medio de la cual, sin especial auxilio y providencia paterna de Dios, difícilmente alcanzaría el humano destino. A quien todavía le parezca extraño este hecho, le invitamos á considerar lo que vamos á exponer.

¿Por qué razón la sabiduría divina, que en todas las esferas de

la existencia del hombre lo ha creado *dependiente*, sólo en orden á su vida intelectual, le ha dejado en manos de su consejo? ¿Qué razón hay para que el linaje humano, que en todas las ciencias bebe casi siempre en fuentes cuya pureza le atestiguan sólo autoridades ajenas, haya de deber el conocimiento de las verdades supremas á su propia y exclusiva inteligencia? ¿Qué bienes nos vendrían de una ciencia cualquiera que mirando á un fin práctico, no se apoyara en la autoridad? Sin la autoridad, ¿qué sería la filosofía? La filosofía, empero, es tan sublime por razón de su objeto, tan práctica por su importancia y trascendencia, y tan universal y comprensiva, que ninguna autoridad *humana* bastaría para desempeñar su misión. ¿Cómo maravillarnos, pues, de que aquel que sacó de la nada el concierto de los mundos, tienda cual padre cariñoso su mano omnipotente al hombre criado, para que no tropiece su incierto pie en el camino escabroso de la verdad? ¿Qué maravilla, pues, que los más nobles pensadores en todas las edades, en aquellas horas de santo recogimiento en las que consiguieron disipar las nieblas de las ilusiones terrenales que se extendían ante sus ojos, cuando su corazón se sentía profundamente conmovido ante la insuficiencia de todo lo terrestre, suspiraran transidos de amargo dolor, por que los ciclos se compadecieran de ellos y confirmaran como ciertos y verdaderos sus conocimientos más altos y trascendentales? ¿Y quién se admira de que desde tiempos inmemoriales los cielos *hayan* iluminado con su clara luz las sendas de los que erraban buscando el norte, y que en ninguna época haya faltado quien tomara agradecido y humilde la mano de su guía, quien, dirigido por ella, aunque andando con sus propios pasos, es decir, con su propia y clara razón, midiera la inmensa amplitud y sublimidad de las verdades suprasensibles? Aunque es de creer que han sido menos numerosos estos ánimos agradecidos entre los que "pensaban", para producir ruido con sus nombres, que entre los que "pensaban", con la intención de hacer de sus pensamientos la norma de su vida. Así se explica todo, y á todo se provee. El hombre tiene capacidad suficiente para asimilarse esas verdades sin las cuales el mundo que habitamos sería un enigma ó una comedia, ó más bien una plaga intolerable; no se llega á ellas, ciertamente, como un imbecil poseído de soberbia, sino como un hijo piadoso que somete á Dios su inteligencia y su voluntad en el acto de aceptar humilde la verdad, prestando de esta manera el homenaje debido á su Señor. Y no profesa este alto concepto de la filosofía principalmente porque no lo *comprende*, ni según la medida de su comprensión, sino porque Dios, que es infinito, es quien se lo ha revelado: profésalo, de consiguiente, penetrado de aquel espíritu de sumisión

que constituye el destino y la nobleza del hombre. Hojeando las páginas de la historia, vemos grabados en ellas con rasgos luminosos los vestigios de esta asistencia divina. Donde ella faltó, todo fué tinieblas, todo desesperación é incertidumbre. La historia de la filosofía es, como dice muy bien O. F. GRUPPE, la crónica del error con algún que otro rayo de luz mortecina, mientras que al través de las ruinas del pensamiento humano corre majestuoso el ancho raudal de luz hacia el cual confluyen todos los rayos de verdad, después de haberse desviado más ó menos al pasar por los medios impuros de una atmósfera tenebrosa.

No negamos que aun aquellos que se bañaron en este río de luz, no siempre lograron verse limpios de toda mancha de error, cuando no supieron hacer patente con la exactitud apetecible la relación que une, como el tronco á las ramas, la verdad metafísica á los diversos hechos que registran las ciencias naturales. Pero esta concesión no afecta en nada al hecho de que esta filosofía está en la más perfecta armonía con todos los conocimientos y juicios de la sana naturaleza humana, y en pleno acuerdo con el testimonio de todas las conciencias rectas, mientras que ninguna filosofía que se declaró hostil á la cristiana, ha podido dar siquiera con aquella "puerta exterior", sino que embistiendo ciega contra las columnas fundamentales del pensamiento y de la actividad humana, á sí misma se ha inferido heridas mortales. Aquella filosofía, por el contrario, cultivó la verdad que poseía, en la fuente profunda de donde brota, y en todas aquellas posiciones que son decisivas para dignificar la vida del género humano y resolver los problemas importantes para la existencia del individuo en la vida presente y en la futura.

Apenas hemos ascendido á esta altura, cuando vemos deslizar-se la corriente de la verdad, poderosa, uniforme, imponente, por en medio de las generaciones que en todos los siglos ora florecieron, ora caducaron, ennobeciéndolas todas y fecundando, bendecido por todas, con sus saludables linfas, la vida y las aspiraciones de innumerable hueste de individuos aislados y de naciones enteras sentadas en sus márgenes hermosas y feraces. Desde aquí se necesitó sólo conducir un rayo sobre la riqueza de nuestro saber empírico para conseguir la solución de todos los problemas importantes de este siglo, ó á lo menos para que no se vea en ellos contradicción alguna.

No es lugar oportuno éste para exponer esta idea, que ya en el progreso mismo de nuestras investigaciones resultará justificada. El que se aparte de la filosofía que ha sido engrandecida por la luz de la revelación cristiana, en vez de acusar á su Hacedor, actúese á sí mismo cuando desespere de los nobles esfuerzos de la humanidad

y se sienta como irresistiblemente empujado á descender hasta la vileza de los brutos.

55. Después de ponderar exactamente todo lo que hemos referido, deberá tenerse por incontrovertible que el cuadro espantoso de confusión que pone á nuestra vista en tantos lugares la historia del pensamiento humano, no puede deponer contra la posibilidad del conocimiento metafísico. Esa lucha misma por la verdad metafísica, tantas veces entablada de nuevo sin que los combatientes se hayan desanimado á vista de sus innumerables derrotas; ese horrible trabajo de Sisifo, en que vemos á la humanidad caída del tiempo pasado y del porvenir rendir sus fuerzas, causando tristeza y compasión, parece demostrar irrecusablemente que el espíritu reconoce, en efecto, la existencia real de un mundo metafísico, cuya naturaleza quisiera escudriñar con tenacidad tan asombrosa, que siente como una hambre y una sed que sólo el saber metafísico sacía y apaga. Este espíritu humano es comparable á un caminante que no sin culpa suya ha rodado por un precipicio, y luego por ninguna dificultad se deja desanimar en su empeño de salir del lugar inferior en que yace, para elevarse á una esfera superior y adecuada á las condiciones de su vida especial, por más que los batraquios en derredor suyo le conviendan con cantos voluptuosos á darse por contento con el mullido lecho del placer á donde ha ido á parar. El hombre cesaría de serlo, si fuera posible que los goces de la sensualidad satisficieran todos sus apetitos. Sin embargo, no es necesario probar que esto es precisamente con lo que la filosofía del porvenir nos brinda; pues esta pseudofilosofía, que no admite otra realidad que la sensible, no pone otro fin á las aspiraciones de la civilización que la mayor comodidad posible para la existencia animal de los que caminamos sobre esta tierra. Pero cultura que no se cifra en ninguna otra realidad que esa, ¿merece llamarse humana, y no más bien brutal? A los necios, pues, vaya el empirista á perorarles acerca de la dignidad del hombre, y razón tendría Mefistófeles para decir con sonrisa sardónica:

«Er nennt's Vernunft und braucht's allein,  
Um thierischer als jedes Thier zu sein!»

<sup>1</sup> El hombre llama razón esa facultad, y no le sirve sino para ser más bruto que ningún bruto

## §. IV

## Influjo y miras de la filosofía empírica.

56. Sin incurrir en exageración, podemos afirmar que la filosofía empírica se nos presenta como un retroceso, aun comparada con los primitivos orígenes de la filosofía, pues veda al hombre penetrar con la mente en la esfera superior á los sentidos, y le señala como ideal supremo el goce material bajo esta ó aquella forma. Esta filosofía, ¿tiene acaso esperanzas de prosperar en el porvenir? A menudo se suele oír decir que todo el desenvolvimiento de las tendencias modernas divorciadas del cristianismo marcha hacia el monismo filosófico y la metafísica de la irreligión. Precisamente son los partidarios del empirismo los que manifiestan temores de que la sociedad humana debe ir preparándose al diluvio de males con que la amenazan las doctrinas metafísicas del monismo contemporáneo. "Si, señores, exclamó VIRCHOW en la asamblea de los sabios naturalistas reunidos en Munich: puede que á alguien le dé risa, pero la cosa es muy seria: yo deseo que la teoría de la descendencia no traiga á nuestra patria todos los horrores que teorías semejantes han causado en la república vecina. Mírese esta teoría por todos sus lados, siempre tendrá uno muy temible, como se la desarrolle con lógica; y no habréis dejado de advertir, señores, que hay lazos que la unen con el socialismo."

A la verdad, si miramos bien la situación real de los tiempos por que pasamos, no estamos ciertamente en condiciones de desvirtuar por ningún lado los temores del sabio berlinés. Los peligros que corre la sociedad, son, en efecto, graves é inminentes. Mas ¿quién no echa de ver que lo que bulle en las cabezas de los jefes del socialismo, son las fantasías de HÆCKEL y los conceptos del empirismo del Sr. VIRCHOW mismo? Pasemos una breve revista á los elementos disolventes que fermentan en la sociedad contemporánea, y veremos que sus relaciones con la filosofía empírica son íntimas.

Tenemos en primer lugar la ciencia libre como conocida guía en los talleres donde se prepara el derribo del edificio social existente. Esta libertad no vale para afirmar diátesis químicas ó físicas, no vale para negar el teorema de Pitágoras, pero sí vale para el terreno trascendental, en el cual se establece la libertad hasta como principio. ¿Por qué? Porque no hay en él verdad que reconocer. *Filosofía empírica.*

Vienen en segundo lugar las grandes "aspiraciones nacionales."

Nada habría que replicar, si frívolos déspotas saciasen en nombre del Estado su egoísmo y los caprichos de su tiránico albedrío en millones de súbditos, y si éstos con irracional sumisión sacrificasen á los poderes nacionales sus convicciones y su conciencia. ¿Porqué?... Porque en el terreno de la experiencia terrenal el Estado es lo más imponente ante lo cual todo lo demás debe retroceder. *Filosofía empírica.*

Mencionamos en tercer lugar la fiebre revolucionaria sedienta de "cultura", que con latidos más y más acelerados circula por las venas de la generación presente. La ciencia empírica es revolucionaria por su origen, no sólo en orden á lo existente, sino más aún contra las relaciones del hombre con el mundo suprasensible.

No parece sino que la fiera quiere sacudir todo lo que eleva al hombre hacia lo alto, todo lo que aún sustenta el orden social. Cierto que se nos repite sin cesar, y que el eco lo repercute en mil partes, que la "cultura", no va contra la Iglesia ni el cristianismo. Pero entre tanto, exige que el cristianismo renuncie á su legítima influencia sobre el orden concreto de la vida, y otorga á la filosofía empírica el derecho de establecer en adelante los puntos de vista con que regular, dejada aparte la religión del Crucificado, la vida real, concediendo al cristianismo solamente facultades para llenar, unido con la poesía, las necesidades de los corazones sensibles. De la Iglesia espera este espíritu moderno, primero, que renuncie á la pretensión de poseer en su fe una verdad objetiva y se contente con ser una denominación religiosa cualquiera, ni más ni menos que las demás; segundo, que se limite á ser un establecimiento público y privilegiado por el Estado para la satisfacción de las ilusiones sentimentales. No necesitan de comentario tales exigencias, que formuladas por aquella filosofía que no reconoce nada más sublime que el hombre, considerado por su parte exterior y animal, implican la negación más franca del cristianismo y de la Iglesia que puede imaginarse. Abrid los ojos y veréis hasta dónde se ha extendido ya la opinión de que la religión se debe cotizar únicamente por la utilidad temporal que aporte y los intereses terrenales que produzca. *Filosofía empírica.*

Este exclusivismo del interés terrenal mismo, es el agente cuarto de la cultura: el progreso vertiginoso, cuyos ídólatras no adoran otra cosa que nuevos medios de comunicación, nuevas fuentes de riqueza, nuevas comodidades para la vida material culto muy natural en la *Filosofía empírica.*

Adhiérese á este factor, como el barro á la rueda, la quinta potencia de la cultura moderna: esos vividores casquivanos y numerosos como los granos del polvo que se posa sobre el piso de las calles, que no quieren ser turbados en la embriaguez de sus senti-



dos, ni en sus operaciones financieras. Estas existencias vegetales nadan, como las algas sobre el agua estancada, en la filosofía empírica, según la cual á la vida real no deben aplicarse otros principios que los utilitarios.

Síguelos en sexto lugar la turba sin número de los semi-eruditos que van con la corriente y repiten lo que oyen, y leen los gruesos volúmenes de HAECKEL con la misma devoción que la filosofía de lo inconsciente. Pero dígasenos, ¿qué entiende esa gente del monismo mecanístico del DARWIN de Jena ó del realismo trascendental de lo inconsciente? ¿Qué les va ni les viene con los *promammalia*, *cordónios* y *gastreia* de HAECKEL? ¿Qué comprenden del idealismo crítico de KANT y de LANGE? ¿Qué sacan de ahí? Nada, sino que se les va la cabeza cuando quieren tocar á lo que sobrepuja á los sentidos. Todo eso no forma para ellos más que un sublimado de *Filosofía empírica*, que les expide una patente para pasar la vida contentos con lo que ven y oyen y huelen, sin cuidar de lo que no puede cambiarse por metálico ni disfrutarse con la carne.

En séptima fila, como en fondo obscuro, forman los batallones rencorosos de los demócratas socialistas. La filosofía empírica tiene la particularidad de que es facilísimo hacerla popular, tanto para el "público ilustrado," como para las masas de los obreros. Si contemplamos estas clases del pueblo que, como dice LANGE, se van elevando á la conciencia de un destino más alto, acabaremos de ver claramente que esa filosofía tiene un porvenir. ¿Qué es, en efecto, todo el círculo de las ideas anarquistas más que filosofía empírica? Si todo lo trascendental nada vale para la vida real, si el hombre y él solo es la fuente de todo derecho, á qué tener aún por sagradas las ideas que nacieron en la esfera metafísica, las ideas de autoridad, derecho y propiedad? ¿Por qué no hemos de tratar de levantar sobre los escombros del orden social cristiano otro pagano en el que los hombres, sin distinción alguna de rangos entre los individuos, se repartan los goces de la vida cual bestias de rapaña de clase superior? Cuestión de tiempo nada más.

Háse llamado filosofía del porvenir á la filosofía empírica. Muy bien, pues vivimos en un período cuyas creaciones todas llevan el carácter de obras sin terminar y trabajos por acabar, ó bien nos aproximamos á una peripecia que va á trastornar todo el orden vigente. En épocas tales, las miradas se dirigen de por sí á lo porvenir. Estado del porvenir, música del porvenir, religión del porvenir: ¿por qué no había de hablarse también de filosofía del porvenir? Con igual razón podría apellidarse la filosofía en cuestión filosofía del tiempo presente, filosofía de actualidad, pues ahora ya está bastante madura para recoger en su seno todas las filosofías que la

moda autoriza, y para encaminarse con ellas hacia el mismo fin; bastante llana es para ser entendida por todos; bastante substancial para dar alimento al odio más rabioso á la Divinidad; bastante agitada para levantar olas que cubran, como en otro tiempo en el lago de Genezaret, la barquilla de la verdad cristiana.

El contentarse con el mundo visible, es principio fundamental de la filosofía empírica, que fermenta y bulle y sube en todas las capas de nuestra sociedad como principio de revolución. Permítanos recomendar á la consideración del lector estas palabras de F. A. LANGE, escritor tan simpático á las clases ilustradas: "Por toda nuestra época se extiende como rasgo principal la expectación de una reforma grandiosa y fundamental, aunque tal vez lenta y pacífica, de todas las opiniones y de todos los órdenes. Siéntese que ahora baja al ocaso la Edad Media, y que la reforma protestante y la revolución francesa misma no han sido acaso sino rayos crepusculares de una luz nueva". ¿Cuál ha de ser el fruto de esta revolución universal? Dice STRAUSS en sus contemplaciones sobre Juliano: "Lo que Juliano quiso salvar del pasado, está materialmente emparentado con lo que nos va á traer el porvenir, á saber: el humanismo libre y armónico de Grecia y la virilidad del romano que en sí propia descansaba, ideal á que estamos luchando por volver á través de los largos tiempos medios del cristianismo; sin desechar las adquisiciones intelectuales y científicas que nos han legado". Y CZOLBE nos enseña que el "humanismo armónico," equivale á esa filosofía que confina al hombre á sus cinco sentidos, y que la "virilidad que en sí propia descansa, se consigue á trueque de desentenderse de todo conocimiento que esté fuera de la empírica. El mismo CZOLBE nos dice: "Es prueba de presunción y vanidad el empeño de enmendar el mundo cognoscible inventando otro metafísico. Ciertamente el no contentarse con el mundo de los fenómenos es una debilidad moral". En un escrito posterior<sup>3</sup> declara que se siente moralmente obligado á darse por satisfecho con el orden natural de las cosas. Mas tendríamos que llenar un libro si quisiéramos comprobar con citas, que todos los diversos grupos de los filósofos empíricos no sólo tratan de echar sobre las tendencias destructoras de la cultura moderna el ropaje del deber moral, sino que se intentan proclamar como dogma de esta civilización la antítesis más opuesta entre la moral cristiana y racional hasta ahora vigente, y la ética sensual del porvenir, estampando ora con floreos retóri-

<sup>1</sup> Loc. cit. pág. 109.

<sup>2</sup> Nueva exposición del sensualismo. (*Neue Darstellung des Sensualismus*). Leipzig, 1855, pág. 188.

<sup>3</sup> Los límites y el origen del conocimiento humano. (*Die Grenzen und der Ursprung der menschlichen Erkenntnis*). Jena y Leipzig, 1865.

cos, ora con desvergonzada franqueza, el estigma de inmoralidad sobre el culto de Dios, y glorificando el pecado como estéticamente bello. Extravíos que llegan hasta tal punto, no se explican sino considerando que el odio satánico contra Dios y la virtud, que en ciertas épocas arde con mayor intensidad que en tiempos ordinarios y estimula á la violencia, ha buscado una fórmula científica en nuestro siglo y la ha encontrado en la filosofía descrita, dedicada á su servicio.

57. Sin duda este poder que la filosofía empírica ha conquistado, representa un triunfo. Pero no nos dejemos desalentar ni engañar por él, pues en la historia del cristianismo más de una vez el error ha puesto, transitoria y aparentemente vencedor, sus plantas sobre la cerviz de la verdad subyugada. ¿Será, pues, duradero el éxito de la filosofía empírica? FEDERICO STRAUSS nos ha hecho fácil á los cristianos contestar á tal pregunta, comparando, como vimos, con la civilización contemporánea la de la época de Juliano el Apóstata. Aun sin ser cristiano, solamente se puede asegurar el tiempo que dura un gran incendio, al dominio inminente de la filosofía de la „cultura“, á la nueva luz cuyo albor ha sido, según expresión de T. A. LANGE, la revolución francesa. Su poder consiste en el de la pura negación.

Tres siglos há se robó con engaño al pueblo su fe católica, conservando alguna que otra apariencia de ella; desde fines del siglo pasado se afanan por ahogar el cristianismo en la vida de los pueblos, conservando algunas formas cristianas; ahora se trata de privar con igual fraude á la humanidad pensadora de toda filosofía, conservando su especioso nombre. Pues ¿qué hace la filosofía empírica sino vedarnos toda filosofía, prohibiéndonos meditar seria y ordenadamente sobre la causa de las realidades? Quien crea que no es daño grave negar la filosofía en este sentido, recuerde que el meditar sobre el origen del mundo, es para el hombre una necesidad natural tan forzosa, que ninguno ha podido substraerse á ella para siempre. De nada nos sirve agrupar y clasificar los fenómenos; algo hay que nos manda ir más adelante y descender más abajo. Obsérvese si no á los filósofos de la cultura moderna cómo forcejean para borrar de su espíritu todo conocimiento metafísico. Ellos son la prueba más convincente de que las cuestiones del porqué, de dónde y para qué surgen, con el poder de un instinto siempre vivo, de lo más profundo de la esencia humana. Digase lo que se quiera, el hombre es un sér más que sensitivo. Que repriman con medidas de terror todas esas preguntas profundas que revelan la existencia de un elemento metafísico en el hombre, como el perfume anuncia la flor: no tardarán en renacer; y así como la aguja del imán, después de cuantas oscilaciones haga,

vuelve á su polo, el hombre cede siempre á la atracción de esos signos de interrogación que piden con imperioso ademán una respuesta que no envuelva contradicción.

Este hecho se presenta á todo el que quiera observar, que no sólo á los aristotélicos y cristianos. Así SCHOPENHAUER dice, con mucho acierto: „La necesidad metafísica del hombre surge de la admiración que nos causan el mundo y nuestra propia existencia, imponiéndose al entendimiento como un enigma cuya solución ocupa sin cesar á la humanidad. Sólo al bruto, que no piensa, se le franquean el mundo y la existencia de por sí. Mas para el hombre son un problema que trae perpleja, en algún intervalo lúcido, á la inteligencia más ruda y limitada; pero que con tanta mayor claridad é insistencia se plantea en la mente de cada uno, cuanto más ilustrada y discreta es ella, y cuanto más material para pensar se ha ido atesorando para el estudio“.

Y si el hombre no prevenido y bien intencionado, hubiera de confesar que no hay contestación segura á esas preguntas, la existencia humana sería una farsa inventada y representada por locos, un infierno de Tántalo, ó para emplear una frase de SCHOPENHAUER, „un episodio que sin provecho alguno nos despertaría del reposo celestial de la nada.“

La filosofía empírica asienta, pues, una negación nada más de la naturalera humana tal como es, y rebaja al hombre á la condición de un bípedo atormentado por sórdida codicia y loca ambición, distinto de sus primos hermanos cuadrúpedos sólo por un grado más alto de refinamiento en el gozar. Una filosofía tal es, sin duda, fuente de energía, pero de la energía del bárbaro que atropella desatentado las nobles producciones del arte; enciéndese también el entusiasmo en ella, pero es el entusiasmo de la fiera que se embriaga en la sangre y se goza en los ayes de la víctima despedazada.

Con vivo dolor lamentamos que no todos los pensadores cristianos se emancipen de la estimación de la ciencia empírica, tal como hoy está en boga, siendo tan evidente que el culto que en estos tiempos se tributa á la experiencia, es hostil á la religión y á la verdad. Trátase, no sólo de reconocer el valor, muy estimable por cierto, de esta ciencia, sino además se pretende entregarle el monopolio de toda ciencia, por razones que no son ni títulos de honra ni fuente saludable para la humanidad. Nuestra época no quiere ser turbada por nada en los goces voluptuosos de este mundo, porque reconoce que la reflexión que excede de la experien-

<sup>1</sup> El mundo como voluntad y representación (*Welt als Wille und Vorstellung*), t. II, p. 170.

cia sensitiva es el camino que conduce al principio y fin de todas las cosas, á Dios. Eso teme, por esto alardea con tanto estruendo con las ciencias empíricas, y presume tanto de sabia, porque tiene que encubrir la carencia de la sabiduría legítima que ella de adrede repugna.



### CAPÍTULO III

La razón de ser de la antigua filosofía natural.

#### §. I.

¿La verdadera filosofía, se debe esperar del porvenir?

58. Los principios íntimos y activos de la actual perturbación moral, se hallan, según hemos visto, en el positivismo, en aquella filosofía que no autoriza sino lo que aprehenden los sentidos, que no reconoce otro principio ordenador de la vida que las consideraciones temporales, y que relega los bienes ideales al rango de medios auxiliares para el fomento de los intereses materiales. Esta observación aflige tanto más, cuanto que no se puede menos de conceder que tal modo de pensar se propaga con rapidez epidémica. "Esta nueva generación quiere gozar y hacerse valer en el mundo visible," dijo ENRIQUE HEINE en una carta á VARNHAGEN DE ENSE respecto á LASALLE; y en efecto, no data sólo desde ayer ó anteayer el que la generación que baja de las tablas, se horrorice de la frivolidad de la que sube á sustituirla en ellas. El materialismo semeja en su rápido progreso á la ola gigantesca que avanza rugiente hacia la roca puesta en medio de su cauce. Los cristianos contemplamos el porvenir tranquilos y confiados: ni nos extrañamos del fragor de la corriente, ni desconocemos la roca que la convertirá en burbujillas ligeras é impotentes.

Sin embargo, no hay período tan malo que no ofrezca algo bueno de donde el bien pueda arrancar. Al juzgar á los hombres y las épocas, la observación del predominio del mal no debe inducirnos en el error de desdeñar lo que hay de bueno, por escaso que sea. Entre los puntos de partida que en nuestros tiempos pueden tomarse para volver al camino recto, contamos el ansia de mayor profundidad, que se vuelve á despertar en los que se dedican á los